

ANNA
LOWENHAUPT
TSING

LA
SOSETA
DEL
FIN DEL
MUNDO

SOBRE LA POSIBILIDAD
DE VIDA EN LAS RUINAS
CAPITALISTAS

Capitán Swing®

LA
SOETA
DEL
FIN DEL
MUNDO

**SOBRE LA POSIBILIDAD DE VIDA
EN LAS RUINAS CAPITALISTAS**

ANNA LOWENHAUPT TSING

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

Capitán Swing 

**POSIBILITAR
INTERRELACIONES**

Desde la Ilustración, los filósofos occidentales nos han mostrado una Naturaleza grandiosa y universal, pero a la vez pasiva y mecánica. La Naturaleza era un telón de fondo y un recurso para la intencionalidad moral del Hombre, que podía domesticarla y dominarla. Se dejaba a los fabulistas, incluidos los narradores no occidentales y «ajenos a la civilización», la tarea de recordarnos las alegres actividades de todos los seres, humanos y no humanos.

Varias cosas han venido a socavar esta división del trabajo. Para empezar, toda esa domesticación y toda esa dominación han causado tal desastre que no está claro si la vida en la Tierra puede continuar. En segundo término, las interrelaciones entre especies, que antaño parecían cosa de fábula, hoy son objeto de serios debates entre biólogos y ecólogos, que muestran cómo la vida requiere de la interacción entre muchos tipos de seres distintos, de manera que los humanos no pueden sobrevivir pisoteando a todos los demás. En tercer lugar, las mujeres y hombres concretos de todo el mundo hemos hecho oír nuestra voz para que se nos incluyera en el estatus antaño otorgado exclusivamente al Hombre en abstracto. Hoy, nuestra alborotadora presencia socava la intencionalidad moral de aquella masculinidad cristiana propia del Hombre que separaba a este de la Naturaleza.

Ha llegado el momento de adoptar nuevas formas de contar historias auténticas más allá de los primeros

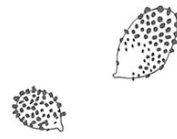
principios de la civilización. Sin el Hombre y la Naturaleza, todas las criaturas pueden volver a la vida, y los hombres y mujeres pueden expresarse sin las restricciones de una racionalidad imaginada desde el provincianismo. Lejos de verse confinadas a ser narradas por las noches entre susurros, tales historias pueden ser a la vez reales y fabulosas. ¿De qué otro modo podemos explicar el hecho de que algo pueda vivir en el desastre que hemos causado?

Con una seta como hilo conductor, el presente volumen ofrecerá al lector este tipo de historias reales. A diferencia de la mayoría de los libros académicos, lo que sigue aquí es una profusión de capítulos breves. Quería que fueran como las oleadas de setas que brotan después de la lluvia: una desbordante exuberancia; una tentadora invitación a explorar; un perenne exceso. Los diversos capítulos del libro configuran un conjunto abierto, no una máquina lógica; aluden a lo mucho que queda por ver. Se entremezclan e interrumpen mutuamente, imitando la irregularidad del mundo que aquí trato de describir. Añadiendo otro hilo argumental, las fotografías cuentan una historia paralela al texto, pero no la ilustran directamente. Utilizo imágenes para presentar el espíritu de mi argumento antes que las escenas de las que hablo.

Imagine que por «primera naturaleza» entendemos las relaciones ecológicas (incluidas las humanas), mientras que la expresión «segunda naturaleza» hace referencia a las transformaciones capitalistas del medio ambiente. Este uso —que no es el que se corresponde con las versiones más populares de ambas expresiones— proviene de la obra *Nature's Metropolis* (La metrópolis de la naturaleza), de

William Cronon.[1] Mi libro incluye asimismo una «tercera naturaleza», que alude a lo que es capaz de sobrevivir a pesar del capitalismo. Para llegar a percibir siquiera esa tercera naturaleza debemos eludir el supuesto de que el futuro es una dirección única hacia delante: al igual que las partículas virtuales en un campo cuántico, aparecen y desaparecen múltiples futuros de posibilidades; la tercera naturaleza emerge en el marco de esta polifonía temporal. Sin embargo, las historias de progreso lineal nos han cegado. A fin de conocer el mundo prescindiendo de ellas, este libro esboza conjuntos abiertos de formas de vida interrelacionadas en la medida en que estas se fusionan de manera coordinada a través de numerosos tipos de ritmos temporales. Mi experimento formal y mi argumento se derivan mutuamente uno de otro.

El presente volumen se basa en el trabajo de campo realizado entre 2004 y 2011 durante las temporadas de crecimiento del matsutake en Estados Unidos, Japón, Canadá, China y Finlandia, así como en una serie de entrevistas con científicos, técnicos forestales y comerciantes de matsutake en los mencionados lugares, además de Dinamarca, Suecia y Turquía. Probablemente, mi propia ruta del matsutake aún no haya terminado, puesto que esta seta hace notar su presencia incluso en lugares tan lejanos como Marruecos, Corea y Bután. Tengo la esperanza de que en los próximos capítulos los lectores lleguen a experimentar conmigo parte de esta «fiebre de la seta».



Bajo el suelo del bosque, los organismos fúngicos se extienden formando redes y madejas, ligando raíces y suelos minerales, mucho antes de llegar a producir setas. Todos los libros surgen de colaboraciones parecidamente ocultas. Dar aquí una lista de personas resulta insuficiente, de modo que empezaré por las relaciones colaborativas que han hecho posible esta obra. En contraste con la etnografía más reciente, la investigación en la que se basa este libro se llevó a cabo mediante experimentos realizados en colaboración. Además, las cuestiones que me pareció que valía la pena explorar surgieron de un intenso debate en el que solo he sido uno entre numerosos participantes.

Esta obra surgió del trabajo del llamado Grupo de Investigación sobre los Mundos del Matsutake, integrado por Timothy Choy, Lieba Faier, Elaine Gan, Michael Hathaway, Miyako Inoue, Shiho Satsuka y yo misma. Durante una gran parte de la historia de la antropología, la etnografía ha sido una labor solitaria. Pero nuestro grupo se constituyó para explorar una nueva antropología basada en una colaboración en constante proceso. El objetivo de la etnografía es aprender a concebir una situación junto con los propios informantes; las categorías de investigación se desarrollan *a la vez* que la propia investigación, no antes de esta. ¿Cómo se puede utilizar este método cuando se trabaja con otros investigadores, cada uno de los cuales

aprende de un conocimiento local diferente? En lugar de conocer el objeto por adelantado, como en la llamada «ciencia mayor», nuestro grupo estaba decidido a dejar que nuestros objetivos de investigación emergieran a través de la colaboración. Asumimos ese reto probando toda una serie de formas de investigación, análisis y escritura distintas.

Este libro da comienzo a la que será una pequeña colección que podemos titular Mundos del Matsutake. Michael Hathaway y Shiho Satsuka presentarán los próximos volúmenes. Considérelo una historia de aventuras en la que la trama salta de un libro a otro. Nuestra curiosidad sobre los mundos del matsutake no puede contenerse en un solo volumen o expresarse mediante una sola voz; espere a descubrir qué ocurre después. Además, nuestros libros incorporan otros géneros, incluyendo ensayos y artículos.[2] Gracias al trabajo del equipo, y en colaboración con la cineasta Sara Dosa, Elaine Gan y yo diseñamos un espacio web donde recopilamos historias de recolectores, científicos, comerciantes y gestores forestales de varios continentes, www.matsutakeworlds.org [actualmente ya no está operativo]. Asimismo, la práctica artístico-científica de Elaine Gan ha inspirado ulteriores colaboraciones.[3] La película *The Last Season*, de Sara Dosa, se suma a estas colaboraciones.[4]

Investigar sobre el matsutake no solo te lleva más allá del conocimiento disciplinario, sino también a lugares donde diversos lenguajes, historias, ecologías y tradiciones culturales configuran sus propios mundos. Faier, Inoue y Satsuka son expertas en Japón, y Choy y Hathaway, en

China; yo iba a ser la experta del grupo en el Sureste Asiático, y había de trabajar con recolectores de Laos y Camboya en el Pacífico Noroeste estadounidense. Pero resultó que necesité ayuda, y la colaboración con Hjorleifur Jonsson y la asistencia de Lue Vang y David Pheng se revelaron esenciales para mi investigación en Estados Unidos con recolectores oriundos del Sureste Asiático.[5] Eric Jones, Kathryn Lynch y Rebecca McLain, del Instituto de Cultura y Ecología, me iniciaron en el mundo de las setas y en todo momento fueron unos colegas increíbles. Conocer a Beverly Brown fue toda una inspiración. Amy Peterson me presentó a la comunidad nipoamericana del matsutake y me enseñó sus entresijos. Sue Hilton estudió los pinos conmigo. En Yunnan, Luo Wen-hong se convirtió en un miembro más del equipo. En Kioto, Noboru Ishikawa resultó ser un extraordinario guía y colega. En Finlandia, Eira-Maija Savonen se encargó de organizarlo todo. Cada viaje me hizo más consciente de la importancia de todas estas colaboraciones.

Pero hay muchos otros tipos de colaboración que intervienen en la producción de un libro. Este se basa especialmente en dos acontecimientos intelectuales que tuvieron a la vez repercusiones locales y un amplio alcance. Tuve el privilegio de conocer los estudios de ciencia feminista en la Universidad de California en Santa Cruz, en parte gracias a la oportunidad de enseñar con Donna Haraway. Allí pude vislumbrar cómo la erudición académica podía trascender los límites que separan las ciencias naturales de los estudios culturales no solo mediante la crítica, sino también a través de un conocimiento capaz de

forjar nuevos mundos. Uno de nuestros productos fue la narrativa multiespecífica. La comunidad de estudios de ciencia feminista de Santa Cruz ha seguido posibilitando mi trabajo. Gracias a ella conocí también a muchos de mis posteriores compañeros. Andrew Mathews tuvo la amabilidad de reintroducirme en los bosques. Heather Swanson me ayudó a pensar desde la perspectiva de la comparación, y de la de Japón. Kirsten Rudestam me habló sobre Oregón. Y asimismo aprendí mucho de mis conversaciones con Jeremy Campbell, Zachary Caple, Roseann Cohen, Rosa Ficek, Colin Hoag, Katy Overstreet, Bettina Stoetzer y muchas otras personas más.

Paralelamente, la fuerza de los estudios feministas críticos con el capitalismo, tanto en Santa Cruz como en otros lugares, estimuló mi interés por profundizar en este último más allá de sus heroicas reificaciones. Si he mantenido mi relación con las categorías marxistas, pese a su relación a veces tosca con la llamada «descripción densa», es precisamente gracias a las ideas de colegas feministas como Lisa Rofel y Sylvia Yanagisako. El Instituto de Investigaciones Feministas Avanzadas de la Universidad de California en Santa Cruz estimuló mis primeros intentos de describir las cadenas de suministro globales desde una perspectiva estructural, como máquinas de traducción, al igual que hicieron los grupos de estudio de la Universidad de Toronto (adonde acudí invitada por Tania Li) y la Universidad de Minnesota (adonde me invitó Karen Ho). Me siento privilegiada por haber disfrutado de un breve momento de aliento por parte de Julie Graham antes de su muerte. La perspectiva de la «diversidad económica», de la

que ella fue pionera junto con Kathryn Gibson, no me ayudó solo a mí, sino también a muchos otros estudiosos. Con respecto a las cuestiones relacionadas con el poder y la diferencia, resultaron esenciales las conversaciones que mantuve en Santa Cruz con James Clifford, Rosa Ficek, Susan Harding, Gail Hershatter, Megan Moodie, Bregje van Eekelen y muchas otras personas.

Mi trabajo fue posible gracias a una serie de subvenciones y disposiciones institucionales. Una subvención del Programa de Investigación de la Cuenca del Pacífico de la Universidad de California contribuyó a financiar las primeras fases de mi investigación. Una asignación de la Fundación Toyota patrocinó la investigación conjunta del Grupo de Investigación sobre los Mundos del Matsutake en China y Japón. Luego, la Universidad de California en Santa Cruz me permitió tomarme varios permisos para proseguir mi investigación. Nils Bubandt y la Universidad de Aarhus me permitieron iniciar el trabajo de conceptualización y redacción de este libro en un entorno tranquilo y estimulante. Una beca de la Fundación en Memoria de John Simon Guggenheim posibilitó que completara su redacción entre 2010 y 2011. Los últimos toques del libro coincidieron en el tiempo con el inicio del proyecto de investigación de la Universidad de Aarhus sobre el Antropoceno, financiado por la Fundación Nacional de Investigación de Dinamarca. Agradezco las oportunidades que me han brindado todas estas instituciones.

También ha habido individuos que se han ofrecido a ayudarme leyendo borradores, debatiendo problemas o

haciendo posible este libro de alguna otra forma. Nathalia Bricet, Zachary Caple, Alan Christy, Paulla Ebron, Susan Friedman, Elaine Gan, Scott Gilbert, Donna Haraway, Susan Harding, Frida Hastrup, Michael Hathaway, Gail Hershatter, Kregg Hetherington, Rusten Hogness, Andrew Mathews, James Scott, Heather Swanson y Susan Wright tuvieron la amabilidad de escuchar, leer y comentar. Miyako Inoue retradió los poemas. Y Kathy Chetkovich fue una guía esencial tanto de escritura como de pensamiento.

Si este libro incluye fotos es solo gracias a la generosa ayuda de Elaine Gan a la hora de trabajar con ellas. Todas derivan de mi investigación, pero me he tomado la libertad de utilizar algunas realizadas por mi ayudante de investigación, Lue Vang, cuando estuvimos trabajando juntos (son las imágenes que preceden a los capítulos 9, 10 y 14, más la foto inferior del interludio «Rastrear»). Las demás las tomé yo, y luego Elaine Gan las hizo utilizables con la ayuda de Laura Wright. También fue Elaine quien dibujó las ilustraciones que separan las diferentes secciones dentro de cada capítulo. Representan esporas de hongos, lluvia, micorrizas y setas. Invito a los lectores a deambular por ellas.



Tengo otra serie de enormes deudas con numerosas personas que aceptaron detenerse a hablar y colaborar conmigo en todos los lugares donde estuve investigando:

los recolectores interrumpieron su búsqueda; los científicos interrumpieron su investigación; los empresarios quitaron tiempo a sus negocios... Vaya mi agradecimiento a todos ellos. Sin embargo, para proteger la privacidad de esas personas, la mayoría de los nombres concretos que aparecen en el libro son seudónimos. La excepción son las figuras públicas, incluidos los científicos, así como todas aquellas personas que ofrecen sus opiniones en espacios públicos: parecía irrespetuoso encubrir los nombres de tales portavoces. Una intención similar guía mi uso de los topónimos: doy los nombres de las ciudades, pero, dado que este libro no constituye en esencia un estudio del medio rural, evito los topónimos de ámbito local cada vez que me desplazo al campo, donde mencionar nombres podría afectar la privacidad de las personas.

Dado que este libro se basa en fuentes muy heterogéneas, he optado por incluir las referencias en notas a pie de página en lugar de elaborar una bibliografía unificada.

Algunos de los capítulos de este libro se prolongan en otros foros. Varios de ellos se repiten lo suficiente como para merecer una mención. El capítulo 3 es un resumen de un artículo más largo que publiqué en la revista *Common Knowledge*, vol. 18, n.º 3, 2012, pp. 505-524. El capítulo 6 es un fragmento de otro capítulo titulado a su vez «Free in the forest» y publicado en Zeynep Gambetti y Marcial Godoy-Anatívia (eds.), *Rhetorics of Insecurity*, Nueva York: New York University Press, 2013, pp. 20-39. El capítulo 9 se desarrolla en un ensayo más largo publicado en la revista *Hau*, vol. 3, n.º 1, 2013, pp. 21-43. El capítulo 16

incluye material de otro artículo publicado en *Economic Botany*, vol. 62, n.º 3, 2008, pp. 244-256; aunque este último constituye solo una parte del mencionado capítulo, merece la pena subrayar que se escribió en colaboración con Shiho Satsuka. Finalmente, existe una versión más larga del tercer interludio, publicada en la revista *Philosophy, Activism, Nature*, vol. 10, 2013, pp. 6-14.

[1] William Cronon, *Nature's Metropolis*, Nueva York: W.W. Norton, 1992.

[2] Véase Matsutake Worlds Research Group, «A new form of collaboration in cultural anthropology: Matsutake worlds», *American Ethnologist*, vol. 36, n.º 2, 2009, pp. 380-403; Matsutake Worlds Research Group, «Strong collaboration as a method for multi-sited ethnography: On mycorrhizal relations», en Mark-Anthony Falzon (ed.), *Multi-Sited Ethnography: Theory, Praxis, and Locality in Contemporary Research*, Farnham (Reino Unido): Ashgate, 2009, pp. 197-214; Anna Tsing y Shiho Satsuka, «Diverging understandings of forest management in matsutake science», *Economic Botany*, vol. 62, n.º 3, 2008, pp. 244-256. Actualmente se está preparando un volumen especial con artículos del grupo.

[3] Elaine Gan y Anna Tsing, «Some experiments in the representation of time: Fungal clock», ponencia presentada en la reunión anual de la Asociación Antropológica Estadounidense, San Francisco, 2012; Gan y Tsing, «Fungal time in the satoyama forest», animación de Natalie McKeever, videoinstalación, Universidad de Sídney, 2013.

[4] Sara Dosa, *The Last Season*, Filament Productions, 2014. El documental explora la relación entre dos recolectores de matsutake de Oregón: un veterano blanco de la guerra entre Estados Unidos e Indochina y un refugiado camboyano.

[5] El libro de Hjørleifur Jonsson *Slow Anthropology: Negotiating Difference with the Iu Mien*, Ithaca (Nueva York): Cornell University Southeast Asia Program Publications, 2014, surgió del estímulo de nuestra colaboración, así como de la constante investigación de Jonsson sobre los iu mienes.

LA
SOETA
DEL
FIN DEL
MUNDO

SOBRE LA POSIBILIDAD DE VIDA
EN LAS RUINAS CAPITALISTAS



Vida esquiva, Oregón.
de
matsutake brotando en
la ruina de un bosque
industrial.

Prólogo

Aroma de otoño

*«Cresta de Takamato, abarrotada de sombrerillos en expansión,
saturando, proliferando...
la maravilla del aroma de otoño».*

De la colección de poesía japonesa
del siglo VIII *Man-nyo Shu*^[6]

¿Qué haces cuando tu mundo empieza a desmoronarse? Yo salgo a pasear, y, si tengo mucha suerte, encuentro alguna que otra seta. Las setas me devuelven el ánimo; no solo — como las flores— por sus abrumadores colores y olores, sino porque además brotan de forma inesperada, recordándome mi buena fortuna por estar allí justo en ese momento. Entonces soy consciente de que todavía hay placeres en medio de los terrores de la indeterminación.

Los terrores son evidentes, y no solo para mí. El clima del planeta se está descontrolando, y el progreso industrial ha demostrado ser mucho más mortífero para la vida en la Tierra de lo que nadie habría imaginado hace un siglo. La economía ya no es una fuente de crecimiento ni de optimismo, y cualquiera de nuestros puestos de trabajo podría desaparecer con la próxima crisis económica. Y no es solo que yo pueda temer una oleada de nuevos desastres: tampoco puedo apoyarme en historias que

expliquen adónde va todo el mundo y por qué. Antaño la precariedad parecía el destino de los menos afortunados; hoy parece que todas nuestras vidas son precarias, incluso cuando —al menos por el momento— tenemos los bolsillos llenos. A diferencia de lo que ocurría a mediados del siglo xx, cuando los poetas y filósofos del Norte global se sentían enjaulados por una excesiva estabilidad, hoy muchos de nosotros, en el Norte y en el Sur, afrontamos una situación de problemas sin fin.

Este libro habla de mis viajes en compañía de setas para explorar la indeterminación y las condiciones de la precariedad, es decir, de la vida sin la promesa de la estabilidad. He leído que, cuando se desintegró la Unión Soviética, en 1991, miles de siberianos, repentinamente privados de las garantías que les daba el Estado, corrieron a los bosques para recoger setas.^[7] No se trata de las mismas setas que yo investigo, pero ilustran mi argumento: las vidas incontroladas de las setas son un regalo —y una guía— cuando nos falla el mundo controlado que creíamos tener.

Aunque no puedo ofrecer setas al lector, espero que me siga en este paseo para saborear el «aroma de otoño» elogiado en el poema que da comienzo a este prólogo. Se refiere al olor del matsutake, un grupo de setas silvestres aromáticas especialmente apreciadas en Japón. El matsutake se valora además como una señal de la llegada del otoño. Su olor evoca la tristeza por la pérdida de las regaladas riquezas del verano, pero también evoca la fuerte intensidad y las acentuadas sensibilidades del otoño. Dichas sensibilidades nos harán falta para encarar el final

del regalado verano del progreso global: el aroma de otoño me transporta a una vida común sin garantías. Este libro no es una crítica de los sueños de modernización y progreso que en el siglo xx ofrecieron un panorama de estabilidad: muchos analistas antes que yo han diseccionado esos sueños. En lugar de ello, me limito a abordar el reto imaginativo de vivir sin los pasamanos que antaño nos hicieron creer que sabíamos, colectivamente, hacia dónde íbamos. Si nos abrimos a su fúngico atractivo, el matsutake puede catapultarnos a la curiosidad que me parece que constituye el primer requisito para la supervivencia colaborativa en tiempos precarios.

Así expresaba el reto cierto panfleto radical:

El espectro que muchos intentan no ver es fácil de captar: el mundo no se «salvará». [...] Si no creemos en un futuro revolucionario global, debemos vivir (como de hecho hemos tenido que hacer siempre) en el presente.[8]



Se dice que cuando, en 1945, la bomba atómica destruyó Hiroshima, el primer ser vivo que resurgió en el paisaje devastado fue una seta matsutake.[9]

Dominar el átomo representó la culminación del sueño humano de controlar la naturaleza; pero también marcó el principio del fin de ese sueño. La bomba de Hiroshima cambió las cosas. De repente fuimos conscientes de que nosotros, los humanos, podíamos destruir la habitabilidad del planeta, fuera intencionalmente o no. Y esa conciencia no ha hecho sino aumentar a medida que hemos ido

sabiendo más cosas de la contaminación, la extinción masiva y el cambio climático. La mitad de la precariedad actual tiene que ver con el destino de la Tierra: ¿con qué tipo de perturbaciones humanas podemos vivir? A pesar de toda la palabrería sobre la sostenibilidad, ¿cuántas posibilidades tenemos realmente de legar un entorno habitable a nuestros descendientes multiespecíficos?

La bomba de Hiroshima también abrió la puerta a la otra mitad de la precariedad actual: las sorprendentes contradicciones del desarrollo de posguerra. Después de la guerra, las promesas de modernización, respaldadas por las bombas estadounidenses, parecían deslumbrantes: todo el mundo saldría beneficiado. La dirección del futuro era bien conocida. Pero ¿lo es ahora? Por un lado, ningún lugar en el mundo ha quedado al margen de esa economía política global construida a partir del aparato de desarrollo de la posguerra; por otro, a pesar de que las promesas de desarrollo siguen atrayéndonos, parece que hemos perdido los medios para lograrlo. Se suponía que la modernización inundaría el mundo —tanto comunista como capitalista— de puestos de trabajo, y no de cualesquiera puestos de trabajo, sino de un «empleo estándar» con salarios y prestaciones regulares. Tales puestos de trabajo son hoy bastante raros, y la mayoría de la gente depende de medios de subsistencia mucho más irregulares. La ironía de nuestra época, pues, es que todo el mundo depende del capitalismo, pero casi nadie tiene eso que solíamos llamar un «trabajo estable».

Vivir con precariedad entraña algo más que despotricar contra quienes nos han traído aquí (aunque eso también

parece resultar útil, y, desde luego, no estoy en contra de ello). Podríamos mirar a nuestro alrededor para observar ese extraño nuevo mundo, y podríamos forzar nuestra imaginación para llegar a captar sus contornos. Aquí es donde las setas acuden en nuestra ayuda. La predisposición del matsutake a brotar en paisajes devastados nos permite explorar la ruina en la que se ha convertido nuestro hogar colectivo.

Los matsutakes son setas silvestres que viven en bosques alterados por el hombre. Como las ratas, los mapaches y las cucarachas, están dispuestos a resistir algunos de los desastres medioambientales que han creado los humanos. Pero en este caso no se trata de una plaga: lejos de ello, representan unpreciado placer gastronómico; al menos en Japón, donde en ocasiones los altos precios hacen del matsutake la seta más valiosa del mundo. Gracias a los nutrientes que proporciona a los árboles, el matsutake ayuda a los bosques a desarrollarse en lugares de aspecto espeluznante. Tomar el matsutake como guía nos revela posibilidades de coexistencia en el marco de la perturbación medioambiental. Obviamente, eso no es excusa para causar más daños, pero el matsutake nos muestra un cierto tipo de supervivencia colaborativa.

Asimismo, el matsutake realza las grietas existentes en la economía política mundial. En los últimos treinta años esta seta se ha convertido en un producto global, que se recolecta en bosques de todo el hemisferio norte y se envía fresco a Japón. Muchos de los recolectores pertenecen a minorías desplazadas y culturalmente marginadas. En el Pacífico Noroeste estadounidense, por ejemplo, la mayoría

de los recolectores de matsutake para usos comerciales son refugiados de Laos y Camboya. Debido a sus elevados precios, el matsutake realiza una importante contribución al sustento allí donde se recoge, e incluso alienta la revitalización cultural.

El comercio de esta seta, no obstante, apenas conduce a los sueños de desarrollo del siglo xx. La mayoría de los recolectores de setas con los que he hablado cuentan terribles historias de desplazamiento y pérdida. La recolección con fines comerciales constituye una forma de sobrevivir mejor que la media para quienes no tienen otra forma de ganarse la vida. Pero, en cualquier caso, ¿qué tipo de economía es esta? Los recolectores de setas trabajan solos; ninguna empresa los contrata. No hay salarios ni prestaciones: simplemente, se limitan a vender las setas que encuentran. Algunos años no hay setas, y entonces incurren en pérdidas. La recolección de setas silvestres con fines comerciales es un ejemplo de subsistencia precaria, sin ninguna seguridad.

Este libro aborda el tema de los medios de subsistencia precarios y los entornos precarios haciendo un seguimiento del comercio y la ecología del matsutake. En todos los casos que expongo, me encuentro en un entorno fragmentario, esto es, en un mosaico de conjuntos abiertos de formas de vida interrelacionadas, cada una de las cuales se abre a su vez a un mosaico de ritmos temporales y arcos espaciales. Sostengo que solo la conciencia de la precariedad actual como un fenómeno global nos permite observar esto: la situación de nuestro mundo. En tanto que un análisis autorizado requiere partir de supuestos de

crecimiento, los expertos no pueden ver la heterogeneidad del espacio y el tiempo, por más que esta resulte evidente tanto para las personas afectadas como para los observadores normales y corrientes. Pero lo cierto es que las teorías de la heterogeneidad están todavía en su infancia. Para apreciar la fragmentaria imprevisibilidad asociada a nuestra situación actual necesitamos reabrir nuestra imaginación. El objetivo del presente volumen es contribuir a ese proceso... con la aportación de las setas.

En lo que se refiere al comercio, digamos que el comercio contemporáneo funciona dentro de las limitaciones y posibilidades del capitalismo; no obstante, siguiendo los pasos de Marx, los estudiosos del capitalismo en el siglo xx interiorizaron el progreso para ver solo una potente corriente a la vez, ignorando el resto. Este libro muestra que es posible estudiar el capitalismo sin partir necesariamente de ese asfixiante supuesto; combinando una estrecha atención al mundo, en toda su precariedad, con las cuestiones relativas a cómo se acumula la riqueza. ¿Qué aspecto podría tener el capitalismo si no se parte del supuesto del progreso? Podría tener el aspecto fragmentario característico de un mosaico: *la concentración de la riqueza es posible porque el capital se apropia del valor producido en parcelas no planificadas.*

Con respecto a la ecología, precisemos que para los humanistas los supuestos relacionados con el progresivo dominio humano han fomentado una visión de la naturaleza como un espacio romántico de antimodernidad.[10] Sin embargo, para los científicos del siglo xx el progreso también enmarcó inconscientemente el estudio de los

paisajes. Los supuestos relativos a la expansión se deslizaron en la formulación de la biología de poblaciones. Los nuevos avances en ecología permiten pensar de manera muy distinta al introducir los relatos de interacciones y perturbaciones entre especies. En esta nuestra época de expectativas reducidas, busco *ecologías basadas en la perturbación en las que en ocasiones numerosas especies viven juntas sin que exista ni armonía ni conquista*.

Si bien me niego a reducir la economía a la ecología o viceversa, sí existe una conexión entre economía y medio ambiente que parece importante introducir desde el principio: la historia de la concentración humana de la riqueza haciendo que tanto los humanos como los no humanos se conviertan en meros recursos de inversión. Esta historia ha inspirado a los inversores a imbuir a las personas y las cosas de alienación, es decir, de la capacidad de extrañarse, de aislarse, como si las interrelaciones de lo viviente no importaran.[11] A través de la alienación, las personas y las cosas se convierten en activos móviles; se las puede apartar de sus mundos vitales en medios de transporte que desafían la distancia para ser intercambiadas por otros activos de otros mundos vitales en otros lugares.[12] Esto es algo completamente distinto del mero hecho de utilizar a otros como parte de un mundo vital, por ejemplo, en el caso de organismos que se comen unos a otros. En este caso los espacios vitales multiespecíficos permanecen en su sitio. La alienación obvia la interrelación propia del espacio vital. El sueño de la alienación inspira una modificación del paisaje en la que

solo importa un activo aislado, mientras que todo lo demás se convierte en maleza o desperdicio. Aquí, atender a las interrelaciones del espacio vital parece ineficiente, y quizá incluso arcaico. Cuando ya no puede producirse su activo único, se puede abandonar el lugar: se ha cortado toda la madera; se ha agotado todo el petróleo; o el suelo de la plantación ya no soporta nuevos cultivos. Entonces se reanuda la búsqueda de activos en otros lugares. Así pues, la simplificación que entraña la alienación genera ruinas, espacios abandonados para la producción de activos.

Hoy los paisajes globales están plagados de este tipo de ruinas. Sin embargo, pese a la proclamación de su muerte, dichos lugares pueden bullir de vida; los campos de activos abandonados a veces producen una nueva vida multiespecífica y multicultural. En un estado de precariedad global no tenemos otra opción que buscar la vida en esas ruinas.

Nuestro primer paso es recuperar la curiosidad. Sin el obstáculo de las simplificaciones asociadas a los relatos de progreso, el entramado y los ritmos del mosaico están al alcance de nuestra exploración. Y el matsutake es un buen punto de partida: por mucho que aprenda sobre él, siempre me pilla por sorpresa.



Este no es un libro sobre Japón, pero antes de proseguir el lector necesitará saber algo sobre la historia del matsutake

en dicho país.^[13] El matsutake se menciona por primera vez en un texto escrito japonés en el poema del siglo VIII que da comienzo a este prólogo. Ya entonces es elogiado por el hecho de que su aroma marca el comienzo de la estación del otoño. La seta se hizo común en las inmediaciones de Nara y Kioto, donde la gente había deforestado las montañas a fin de obtener madera para construir templos y alimentar las forjas de hierro. De hecho, fue precisamente la perturbación humana la que permitió al *Tricholoma matsutake* brotar en Japón. Ello se debe al hecho de que su anfitrión más común es el pino rojo (*Pinus densiflora*), que germina en el entorno de abundante luz solar y suelos minerales que deja tras de sí la deforestación humana. Cuando se permite que los bosques japoneses vuelvan a crecer libres de la intervención del ser humano, los árboles de hoja ancha tapan la luz a los pinos, impidiendo su ulterior germinación.

Cuando el pino rojo se extendió junto con la deforestación por todo el territorio japonés, el matsutake se convirtió en un valioso regalo, maravillosamente presentado en una caja de helechos y utilizado como obsequio para honrar a los aristócratas. En el período Edo (1603-1868), los plebeyos acomodados, como los comerciantes urbanos, también disfrutaban del matsutake, y la seta pasó a formar parte de la celebración de las cuatro estaciones como hito indicador del otoño. Las excursiones para recoger matsutake en otoño se convirtieron en un equivalente a las fiestas organizadas para contemplar los cerezos en flor en la primavera. El matsutake se convirtió en un tema popular en la poesía.